

El Trigésimo Aniversario de FUNINDES
Gerardo Fernández-López

Queridos amigos de Funindes, Apreciado Rector, apreciadas Autoridades de la Universidad, querido amigo y Presidente Sergio Díaz, querido amigo y Presidente de Artevisión, Renzo Boccardo, amigos de las otras Fundaciones de la Universidad, invitados, profesores, estudiantes, empleados, amigos todos. Agradezco a la Junta Directiva de Funindes que me invitaran a dar estas palabras y a su personal que se tome el tiempo para oírme; gracias a todos.

Quiero hablarles hoy de la autoestima. La autoestima es una actitud psicológica, una disposición interior de las personas a amarnos bien; y esta disposición íntima y personal se refleja de inmediato en las instituciones. Quiero conversar de la autoestima porque en los momentos que vivimos, en los días que transitamos tendemos todos a minusvalorar el sentido de nuestras vidas y de nuestros trabajos. Estamos pasando tiempos muy difíciles, llevamos unos años de grandes dificultades, y parece que la dificultad va en crecimiento.

Quisiera conectar con cada uno, con el yo más íntimo de cada uno, de mi gente de Funindes: perdón Sergio, pero aún siento que he sido líder de esta gente, y de alguna forma, un poco más alejado sí, pero sigo con ellos y ellos conmigo. Quisiera pues transmitirles lo importante que es su trabajo para nosotros, para este país, para la USB. ¿Sabían ustedes que ahora me llaman para pedirme consejo sobre cómo hacer “Funindeses” en otros sitios?; ¿sabían que la UCV, por ejemplo, no encuentra bien la forma de hacer su propio Funindes?, y me han solicitado consejo para ello. También Universidades privadas me buscan para oír nuestras experiencias; éste mismo sábado iré a un evento en la Universidad Tecnológica del Centro. Y esto es gracias a la experiencia vivida en Funindes, ... y también en nuestro Parque Tecnológico. Nuestras Fundaciones son importantes, y el país nos referencia.

Dentro del entorno tan pesimista que nos rodea podemos llegar a pensar que hemos hecho poco, o que no vale la pena seguir. Necesitamos crecer entonces en una humilde autoestima¹, en un amor a nosotros mismos, y a nuestro trabajo, que sea a la vez recto y justo. La falta de autoestima es generada por el orgullo. El orgullo hace que percibamos que no somos valorados suficientemente, y así, nunca satisfechos en nuestra ansia de elogios, terminamos por concluir que somos poca cosa y que no podemos cambiar nada, ni en nosotros, ni en los demás, ni en el país, ni en el entorno: es una forma de orgullo generada por el miedo a confrontarnos con las dificultades y con el peligro que, eventualmente, esas dificultades puedan con nosotros. Es un peligroso mecanismo de defensa, que nos hace encerrarnos en nuestra aparente incapacidad. Decidimos entonces minusvalorar nuestro trabajo, minusvalorar a los que trabajan con nosotros y minusvalorarnos a nosotros mismos. El orgullo también nos lleva al otro extremo pernicioso: creernos por encima de todos, de los demás, de los compañeros, del país, de las instituciones y ser ciego a las dificultades reales,

¹ Michel Esparza. Amor y autoestima. Rialp. Madrid 2012.

ignorándolas por autosuficiencia. Ambas posiciones son desastrosas para la realidad de nuestras vidas y de nuestro trabajo, y para la apreciación amorosa de lo que hacemos. Para poder amar lo que hacemos, tenemos que llenarnos de un amor propio adecuado. La única curación posible es aprender a estimarnos bien a nosotros mismos, con justicia y realidad, y estimar, también con justicia y realidad, lo que hacemos. Es muy importante que amemos lo que hacemos, lo que hace cada uno, y lo que hacen nuestros compañeros de trabajo, y para ello, insisto, tenemos que valorarnos adecuadamente, con justicia, sin exageraciones de ningún extremo: ni pesimismo que nos hundan, ni autosuficiencia que nos oculte la realidad. Eso sólo puede fundamentarse bien si nos damos cuenta que tenemos un valor fundamental en nosotros mismos, que ser personas y *ser*, simplemente *existir*, es bueno, es muy bueno -¡qué bueno es que existas!-. Tenemos que despertar a la bondad esencial que hay en todos los que nos rodean y en nosotros mismos. A pesar de nuestros defectos, que los hay, a pesar de los errores que cometamos, muchos al día y muchos en nuestro trabajo, somos esencialmente buenos y por tanto somos esencialmente amables, dignos de ser amados, y amados de hecho. Perdonen la reflexión tan personal, pero me parece importante ante lo que nos pasa en estos momentos. No quiero decir que no tengamos cosas que corregir; pero aún el error más grave debe ser perdonado ante nosotros mismos -perdonarlo no significa ignorarlo, no corregirlo o no restaurar la justicia debida, o no asumir las responsabilidades a que haya lugar-.

Lamentablemente hay características de nuestra identidad cultural que dificultan este trabajo de autoperdón y aceptación de lo que somos y cómo somos. Mario Briceño Iragorry², intelectual venezolano de comienzos del siglo XX, ya dijo en su “Breve tratado de la presunción”, refiriéndose al Pueblo venezolano: “Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora la presunción. Al pesimismo que nubla los caminos y que lleva a la actitud decadente que Soren Kierkegaard define como un “no querer ser uno mismo”, como renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y la posibilidad; o a la euforia malsana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hace mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las aspiraciones “. Parece difícil de digerir, pero les recomiendo leer la frase lentamente y meditar cada palabra. Se requiere entonces una lucha atenta y particular, para no caer o en el pesimismo inoperante o en la euforia falsa de creer que ya hemos alcanzado lo que aún no hemos alcanzado. Funindes tiene ya 30 años y es un buen momento para valorar adecuadamente todo lo logrado y animarse con las mejoras por lograr.

El momento actual puede llevarnos a estar en el eje negativo del movimiento pendular del que habla Mario Briceño, podemos ubicarnos en el: “esto no vale nada”, “todo se lo llevó un rayo”, “nunca saldremos de esta”. Cualquier análisis concluirá que, en efecto, estamos al borde del abismo. El país se desliza aceleradamente por una bajada lodosa

² Mario Briceño Iragorry. Pequeño tratado de la presunción. En *Mensaje sin Destino y Otros Ensayos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988. Pag. 49-56.

hacia la hiperinflación; querer incrementar la esperanza no puede negar los peligros indudables que nos acechan. Pero, simultáneamente, también estamos enfrentados a una extraordinaria oportunidad de cambio: hace unos días estaba viendo un programa de ciencia que mostraba como ciertos elementos, que tenían una capacidad magnética de unión, formaban estructuras sólidas y complejas cuando se sometían a una fuerza vibratoria constante –una energía permanente-. Usando el ejemplo podríamos decir que si tenemos las capacidades adecuadas, con la energía adecuada, los estímulos adecuados y un entorno que no impida la articulación, nacerán proyectos complejos, estructuras de desarrollo complejas porque nuestra capacidad de unirnos, de amar lo que hacemos, de amor a nuestro país y de capacidades intelectuales están presentes en nosotros aún. No hemos sido vencidos como sociedad, aún no somos un país fallido; quizás bordeamos peligrosamente el abismo, pero nos mantenemos también frente *al camino que conduce al reto*. ¡Y TENEMOS TODO POR HACER!. Al final de esta situación es verdad que tendremos un país golpeado, debilitado, y casi destruido, pero también es verdad que tendremos una *montaña impresionante de posibilidades*.

¿Y qué signos tengo para ser muy optimista? Tengo varios, bastantes: un signo es la capacidad de la gente de Funindes y de nuestras Fundaciones; son 30 años de aprendizaje, son 30 años que multiplicados por 50 da más de 1500 personas-año de experiencia, de contrataciones, de proyectos, de generación de vinculación. Creo que es un buen motivo para ser optimista. Pero tengo otro indicio más: la cara de mis estudiantes, de mis muchachos; cada trimestre aparecen cuatro o cinco muchachos que quieren emprender, hacer empresas, con ideas para generar tecnología en nuestro país, y veo como bastantes de esas ideas van cuajando, van creciendo y van generando desarrollo y tecnología. No hablo de sueños, hablo de realidades en crecimiento, que van “cuajando”. Y otro signo más: veo a USB-Solar, F-SAE, BAJA-USB, Biomecatronica-USB y pare de contar. Veo bullir allí actividad, trabajo, empeño, hecho por simple y profundo amor al aprendizaje. ¿Quieren otro signo? Veo a muchos profesores que perseveran en sus clases, en sus laboratorios, en sus Grupos de Investigación, en sus proyectos en Funindes, que a pesar de los salarios pírricos –venir a dar clase sale más caro que quedarse en casa- están en sus clases, en sus laboratorios, en sus proyectos, en sus Grupos, en sus emprendimientos. Es verdad que se han ido muchos, y no los juzgo ni culpo, pero también es verdad que aquí permanecemos muchos dando la batalla por el país que creemos y queremos, a pesar de los pesares, que son bastantes.

Tenemos que saber que lo que estamos aportando al país, a la Universidad, a la Sociedad, al entorno, puede ayudar a hacer la diferencia entre una Venezuela del siglo XVIII y una Venezuela que se enrumba al crecimiento de las grandes sociedades. No exagero, no estoy tratando de decirles cosas bonitas para animarlos; estoy tratando de describir la verdad del impacto de lo que hacemos, la verdad que yo veo; les hablo desde la experiencia de tocar –casi– el alma de mis estudiantes, un alma trabajadora e innovadora, ilusionada. He tenido la fortuna de asomarme, de ver, porque me han dejado ellos, a la vida de sueños y empeños de muchos de mis estudiantes. Cada trimestre confirmo que mis estudiantes son maravillosos, ¡qué bueno es que existan!.

La sociedad del conocimiento, la sociedad de internet de las cosas, de la formación virtual autodirigida, la de los vehículos autónomos, de la electrónica cuántica, los sistemas microelectromecánicos, y el arte, la música, la filosofía, o la matemática, el campo de Higgs, el Sistema de Orquestas, el grafeno y los supermateriales, etc., etc., están ya en nuestra realidad, en la cotidiana, y es Funindes –junto a las Fundaciones hermanas– quienes tienen que poner a la disposición de las empresas, del país, del sector productivo, esas capacidades y conocimientos.

Cuando me ha tocado hablar de nuestro sistema de conexión con el tejido social y empresarial, generamos admiración. El triángulo de nuestras Fundaciones junto con la Universidad Simón Bolívar, que nos tutela, forman un sistema que no tiene igual en ninguna Universidad venezolana, ni en ninguna Institución científica venezolana.

Antes de terminar –perdonen el abuso de su tiempo– quiero reflexionar brevísimamente sobre la “huida de la Patria”. Es un fenómeno fuerte, duro, que nos está pasando muy cerca, casi en cada familia. Los muchachos, principalmente, quieren irse, y no sin razón. Quiero tocar el punto, pero no para culparlos, ni siquiera para convencerlos que se queden aquí porque, en concreto, sólo puedo ofrecerles mis signos (que describí antes) y mi esperanza que todo va a salir bien. Quiero tocar este punto para prevenir a esos muchachos y a todos ustedes que me oyen, sobre algo que también esté en nuestra sangre y configura parte de nuestro modo de ser. Estas ideas no son propias, las aprendí hace años gracias a uno de mis Profesores en esta Casa de Estudios; gracias a Dios mi profesor de filosofía escribió sus análisis en un libro extraordinario: “Ensayos sobre nuestra situación cultural”³. Allí, analizando una obra de Gallegos (“Reinaldo Solar”) dice sobre la “fuga”, verdadera deserción, del propio Reinaldo Solar que se va a Europa: “... ¿qué permite afirmar que se trata de una fuga y aún más, de una *deserción*? ... Es cierto, en primer lugar, que ‘la vida que aquí se nos ofrece es poco halagüeña’, lo que, de por sí, justificaría la partida en busca ‘de un medio más propicio’ para la propia actividad. No cabría, en tal caso, hablar de fuga en tanto ésta significa el alejarse de un mal presente y, por lo tanto, supone más un ‘irse de’ que un ‘ir hacia’. Sin embargo, lo característico del caso entre nosotros y de su simbolización en la literatura nacional es ‘el aspecto de patriotismo que reviste’. Reinaldo Solar parte a Europa a salvarse y, con ello, a salvar a la mejor juventud de Venezuela, que habrá de seguir el camino abierto por él”⁴.

Sólo quiero que se considere bien lo que nos mueve, si decidimos irnos. Nada hay criticable en ello, pero si decidimos irnos, que sepamos bien que es una decisión práctica, no esencial. Sigue nuestro Autor: “En realidad, pues, emigra porque ‘los venezolanos nunca nos hemos encontrado a gusto en la patria’: nos duele la patria. Y porque –como lo ha recogido la literatura– ‘nuestro patriotismo es negativo. Solo se manifiesta en renuncia o despedida’.

³ Rafael Tomás Caldera. Ensayos sobre nuestra situación cultural. Fundación para la Cultura Urbana. Caracas, 2007.

⁴ op. cit. página 67.

Por otra parte, ¿por qué estos que se van ‘prefieren la lucha y la oscuridad en el país extranjero’ y no las pueden resistir en el propio? Lucha por lucha y oscuridad por oscuridad, ¿qué hace mejor ser ignorado en París o en Madrid a serlo en Caracas? ¿Qué podría otorgar valor especial a los trabajos y los días en el extranjero, que no se los otorga en la patria? ‘Sencillamente –responde Gallegos- porque aquello es lo fantástico y esto lo real.’⁵

Por favor, que nadie se tome estas palabras como una crítica a los que se van, o ni siquiera como una invitación a quedarse. Pero cuidado con los sueños carentes de realidad sólida, carentes de consistencia, basada en la imaginación de futuro lleno de flores y frutos fáciles, cuidado con el sueño del Dorado Inverso. Ahora el oro está “allá”. Sólo ruego que estemos claros que si nos vamos del país, lo hacemos porque buscamos “un medio más propicio”, razón muy válida y muy aceptable; pero tengamos claro que nunca nuestro trabajo allá será más valioso que nuestro trabajo acá; aunque nos den el Nobel por el trabajo allá. Aquí hay personas, jóvenes, hijos nuestros, venezolanos, caras nuestras, que no encontrarían su sentido vital si faltamos nosotros. Valemos mucho, valemos bien, nuestro esfuerzo y trabajo valen la pena si lo hacemos con este sentido de entrega a los demás.

Amigos de Funindes, compañeros, nos esperan 100 años más de trabajo fructífero, 100 por la medida chiquita... y millones de profesores, estudiantes, emprendedores, empleados, empresarios, listos para subir con ustedes la montaña, sortear las dificultades con esfuerzo, caminar por el camino del *reto*, subir a pie, en bicicleta, en cohete, en dron, o en vehículo autónomo, como podamos y sepamos, pero queriendo y amando los medios que tenemos, alejándonos juntos del abismo, y llevar a Venezuela al sitio que merece en el concierto de los pueblos.

Los llevo en el corazón. Muchas gracias por su amistad y su cariño de siempre, gracias.

Caracas, 7 de octubre de 2016.

⁵ op. cit. página 67 y 68.